Thomas Piketty

Enfrentando la guerra, repensando las sanciones

Blog del autor, 15 de marzo de 2022.

Así que la guerra está de vuelta en Europa, en su forma más brutal. Un país de 45 millones de habitantes está siendo invadido por su vecino con tres veces la población y ocho veces las armas. Mirándolo desde la distancia, uno podría estar tentado de comparar la situación con las guerras fronterizas que enfrentaron a Francia y Alemania tres veces entre 1870 y 1945. Rusia considera que Crimea y el Donbass son de su propiedad, al igual que Alemania con Alsacia y Mosela.

Sin embargo, hay varias diferencias clave. El desequilibrio demográfico y militar es aún más marcado esta vez (Alemania tenía un 60% más de población que Francia en 1870, 1914 y 1940), y las autoridades de kiev ya han indicado que están listas para discutir el estatus político de los territorios en disputa. respetando los derechos de las poblaciones interesadas. En términos absolutos, uno podría imaginar un proceso democrático y pacífico, en la medida de lo posible en temas tan sensibles. El problema es que el estado ruso está utilizando este conflicto fronterizo como pretexto para invadir y destruir todo el país y desafiar la existencia misma del estado ucraniano. Desde este punto de vista, estamos más cerca de la invasión alemana de la Segunda Guerra Mundial que de los enfrentamientos de 1870-1871 o 1914-1918.

La respuesta occidental a esta dramática situación ha sido hasta ahora totalmente insuficiente. En particular, los países europeos tienen los medios para detener de inmediato los suministros de gas y petróleo rusos. Un estudio académico alemán acaba de demostrar que el cese inmediato de las importaciones costaría como máximo entre el 2% y el 3% del PIB alemán. Estos hidrocarburos nunca deberían haberse quemado y ahora están financiando la destrucción de Ucrania. Es hora de dejarlos en el suelo. Si no actuamos de manera inmediata y radical, es muy posible que lo lamentemos amargamente.

En cuanto a la ayuda militar, EE. UU. y Polonia habían prometido aviones a los pilotos ucranianos para defenderse de los bombardeos rusos, pero luego cambiaron de opinión . En general, este es probablemente el primer conflicto en la historia en el que países económica y militarmente mucho más poderosos (los países de la OTAN colectivamente tienen diez veces el PIB de Rusia y cinco veces la capacidad de la fuerza aérea) han anunciado de antemano que no intervendrán, sin importar cómo. cuanta destrucción humana o material hay en suelo ucraniano. En 1853, durante la guerra de Crimea, Francia y el Reino Unido habían ido a derrotar al imperio ruso para contener su expansión hacia el sur. La desproporción de fuerzas entre Occidente y Rusia es aún mayor hoy, y la opción es no hacer nada.

La explicación que se da con mayor frecuencia es que la amenaza nuclear ahora hace inoperante la brecha de las armas convencionales e impide el uso de armas convencionales. Este argumento no es del todo convincente y requerirá alguna explicación. Si se toma literalmente, implicaría que también tendríamos que quedarnos

de brazos cruzados ante una invasión similar de otros territorios, por más destructiva que sea.

La explicación más convincente de esta vacilación militar es que las potencias europeas siguen profundamente traumatizadas por el ciclo de autodestrucción nacionalista y genocida que vivieron entre 1914 y 1945, y han decidido desde 1945 recurrir a las armas del derecho, la economía y la justicia. Este es básicamente un desarrollo positivo, hasta cierto punto, y con la condición de que estas nuevas armas se utilicen por completo.

Esto implica no solo el fin inmediato de la financiación del estado ruso a través de la compra de hidrocarburos, sino también un replanteamiento completo del funcionamiento de las sanciones económicas, que hoy tienen un impacto mucho mayor en millones de rusos comunes que en la pequeña clase oligárquica y cleptocrática. a que se refiere el régimen. Se afirma que las sanciones van dirigidas a los oligarcas, pero lo cierto es que solo unos cientos de personas se ven afectadas, sin un control sistemático y con múltiples lagunas, mientras que son decenas de miles de fortunas rusas invertidas en los circuitos financieros e inmobiliarios occidentales a los que debe apuntar.

Hay mucho en juego, no solo para poner de rodillas al régimen de Putin, sino también para convencer a la opinión rusa e internacional de que los grandes discursos sobre la justicia y la democracia no son palabras vacías. Tanto en África como en Asia, más de la mitad de los países (y las tres cuartas partes de la población mundial y el PIB para 2100) se han abstenido en la ONU. Se sospecha que los países occidentales olvidan todas sus invasiones pasadas y piensan como siempre solo en defender sus intereses y dominación. El problema es que el sistema legal y financiero establecido por Occidente desde hace varias décadas tiene como principal objetivo proteger a los ricos, vengan de donde vengan, a expensas de los demás.

Si un ruso común pierde la mitad de su pensión o salario debido a la caída del rublo y la inflación provocada por las sanciones, entonces no hay recurso, ningún tribunal donde pueda quejarse. En cambio, si quieres privar a un oligarca con 100 millones de euros de la mitad de su fortuna, existen múltiples procedimientos para impugnar la decisión, y muchas veces no pagas nada. Estamos tan acostumbrados a esto que ya no le prestamos atención, pero en realidad es un estado de derecho totalmente sesgado y asimétrico. Es yendo mucho más allá en el derecho y la justicia que los países occidentales podrán contribuir a construir un mundo posmilitarista y poscolonial.